

# “Arraigados en Dios”

## Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Bajo las alas de Dios –  
Aprender la confianza – Sal. 91  
(14 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.**

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**Bajo las alas de Dios –  
Aprender la confianza – Sal. 91  
(14 días)**

Día 1

Sal. 91:1-16

En el centro de la región llamada “la Suiza sajona”, en una ciudad pequeña llamada Rathen, se encuentra además del río Elba y un impresionante macizo rocoso llamado “Bastei”, otra especialidad: el “juego de sonidos”. La gente se puede poner en forma de círculo, para escuchar la música, o el sonido producido por bastones de plata parecidas a los tubos de órgano. Según el lugar donde uno se encuentra el sonido se escucha distinto; muy variado, pero es una sola pieza de música.

Así también se escucha en los salmos un coro de muchas voces la alabanza a Dios. Según el salmo que uno considera, se “siente” otro sonido de alabanza de la gloria de Dios. Cada salmo se originó por la situación personal y el encuentro con Dios del salmista, y describe la maravillosa manera de ser de Él. Muchas veces los salmos inspiraron, a través de los siglos, a la composición de nuevas canciones y muchas veces, después de experimentar a Dios en medio de mucho sufrimiento.

Johann Franck compuso en el siglo 17, una canción según el Sal. 91: “Bajo tu abrigo estoy seguro y libre de las tormentas con que me atacan los enemigos. No importa que Satanás esté muy enojado, y que el mundo esté temblando, porque a mí me protege Jesús. Aunque ahora caen rayos y escucho truenos, aunque me atemoricen el pecado y el infierno, Jesús me cubre y me protege”.

Para nosotros puede ser una gran ayuda mantener en la memoria y en el corazón, palabras de este salmo o de esta canción, cuando nos atacan los dardos ardientes del desánimo y, cuando el temor nos quiere aprisionar. Se puede cantar la canción y con voz audible ordenar y testificar: “¡Salgan de aquí espíritus de tristeza!, porque mi maestro de gozo entra. A los que aman a Dios, su tristeza también se cambiará en gozo. Aunque aquí soporto burla y desprecio, Jesús, tú sigues siendo mi gozo en el sufrimiento”.

De este modo se puede practicar y aprender la confianza con el Sal. 91. ¿Aceptamos el desafío? (Comp. Sal. 46:1; 62:1-8; Is. 26:4.)

Día 2

Sal. 91:1-4; 36:7

El Sal. 91 utiliza un cuadro (figura) con el cual Dios se presentó, ya hace mucho tiempo a su pueblo. Con esto Él quiere responder a preguntas como: ¿dónde encontramos protección en el mundo inseguro?; ¿adónde podemos huir, cuando el temor nos apura?; ¿porqué es posible poder aprender a confiar en situaciones angustiantes?

Con este cuadro, Dios nos quiere mostrar un lugar de refugio y amparo en medio de peligros: bajo sus alas (comp. Dt. 32:10-12).

Es el cuadro de una gallina madre, que ofrece protección a sus polluelos cuando viene una tormenta, o se acerca un ave de rapiña. Entonces, llama a sus pequeños a venir bajo sus alas, hasta que pase el peligro (comp. Sal. 57:1).

Bajo las alas hay seguridad y amparo, es un lugar en donde los pollos pueden sentir calor y, las palpitations del corazón de la madre. Allí hay suavidad, se puede respirar sin sofocarse; los polluelos están protegidos, incluso cuando la madre perdiere su vida. Aconteció ya que en una granja se encontró, después de un incendio, una gallina madre muerta, pero debajo de ella los pollos estaban vivos. Aunque ella se asfixió por el humo, a sus pequeños no les pasó nada.

Este cuadro fue utilizado también por Jesús, poco antes de su muerte en la cruz, cuando tuvo que decir de su pueblo: “Jerusalén,... ¡cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mt. 23:37; comp. Lc. 19:41.42).

También el Sal. 91 es una singular invitación de Dios, para buscar refugio bajo sus alas, sentirse amparado por Él por el tiempo en este mundo y por la eternidad. Cada persona es invitada a confiar completamente en Él, cuyo corazón palpita a favor nuestro y entregó su vida por nosotros. (Lea Mt. 11:28.29; Jn. 6:37.) ¿Lo aceptaré?

Día 3

Sal. 91:1.2; Is. 66:13; Ro. 8:38.39

Dios dice: “Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros”. Quizás alguno ha sentido ya en varias situaciones de su vida, este consuelo prometido por Dios. Quizás otros aún esperan tal consolación por haber experimentado el dolor del desamparo y, por sentir un gran vacío dentro de sí. No importa en qué situación nos encontremos, Dios hace saber a los que confían en Él: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros” (Is. 49:15.16).

Realmente es así: el que confía sólo en las manos humanas, puede sufrir de repente desamparo. Pero el que es sostenido por las manos de Dios, lo es para siempre, para toda la eternidad. Él podrá decir también las palabras del poeta: “Miseria, necesidad, cruz, deshonra y muerte, no podrá, por mucho que deba sufrir, separarme de Jesús”.

Esta declaración puede hacerla aquel que “habita al abrigo del Altísimo” (Sal. 91:1.9). Pues bajo sus alas puede tener nuevo aliento. Estando en este lugar, los sufrimientos de la vida no lo hacen callar, sino el mismo Señor le ayuda a proclamar: “Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré”. (Lea Ro. 8:15.16.26.)

¿Cuál es *mí* refugio?; ¿En quién pongo yo, mi única confianza?; ¿En quién busco yo, consuelo y amparo para mi vida?

Quiero meditar en lo siguiente: lo que está involucrado dentro de la creación, está sometido a los límites de todo lo transitorio. Solamente aquel que está fuera de la creación, puede llamarme a la vida eterna y mantenerme para siempre. (Lea Is. 51:11-16; Jn. 11:25.26.43.44.)

Día 4

Sal. 50:15; Jn. 20:24-29

“El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré” (Sal. 91:1.2).

Este es el comienzo del salmo, que sin aclarar tiempo ni autor, habla a los oyentes y lectores. ¿El autor habrá sido el mismo que compuso el salmo 90, quizás un levita en el santuario de la época de Moisés?; ¿O habrá sido un sacerdote del templo en el tiempo de David, que testificó dentro del culto o, conversando con alguien acerca de la fidelidad y el amparo del Dios Todopoderoso?; ¿O habrá sido otra persona muy distinta que tuvo -como muchos otros- experiencias con Dios, quién se acercó en Yahveh a nosotros?

No importa quien sea, es seguro que es uno que experimentó: En medio del sufrimiento Dios está, el Altísimo es mi abrigo. El Omnipotente, mi Salvador, mi Señor, está más cerca que la pena y el dolor. Lo que el autor ha experimentado, puede ahora compartir.

Él lo sabe y puede asegurárselo a cualquiera que busca la ayuda de Dios, en el santuario. Pues él ha conocido a aquel que salva, que protege y guarda como ningún otro (comp. Sal. 91:3.4.11).

Este testimonio nos quiere invitar a buscar también refugio, bajo el abrigo del Altísimo. Entonces, no solamente escuchamos de Dios por medio de otros. Sino que, nosotros mismos escucharemos la voz de Dios personalmente, cuando Él hable a nuestro corazón: “Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre. Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré. Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación” (Sal. 91:14-16). ¡Esto vale realmente!

Día 5

Sal. 91:1-7; Is. 52:7; 61:1-3

Las guerras arrojan a los hombres a indecibles sufrimientos y tremendas necesidades. Sin embargo, aquellos que han puesto su confianza en Dios, podrán experimentar la protección de Él y tener lugar de acción.

La hermana Dorle Beck pudo testificar que, en medio del caos de la guerra civil en el Líbano, quería visitar a sus ex-alumnos. Cuando ella llegó, la capital Beirut estaba día y noche bajo bombardeos de misiles. Los hombres atemorizados vivían en los pisos más bajos de sus casas, o en el sótano. También ella esperaba en uno de éstos muy angustiada, aunque había venido para alentar a sus alumnos. Entonces leyó el Sal. 91 en árabe: “Mi refugio, mi castillo, mi Dios, yo confío en Él”.

De repente se dio cuenta: “mi refugio” en árabe significa: “mi refugio antiaéreo subterráneo”. Entonces ella oró: “Señor, si tú eres mi refugio antiaéreo subterráneo, entonces puedo hacer visitas a pesar de los misiles que vuelan”. Con esta certeza en su corazón y confiando en la Palabra de Dios, ella se encaminó (comp. Lc. 5:5b.10b). Los misiles cayeron muchas veces muy cerca de ella. Dos veces pasó un misil como un relámpago delante de su parabrisas. “Pero ellos no me podían tocar”, escribió ella más tarde.

¿Qué pasó con sus alumnos? Nunca estuvieron tan abiertos para recibir la Palabra de Dios, como cuando ella llegó para estar con ellos en el refugio antiaéreo subterráneo. Algunos de ellos entregaron su vida al Señor Jesús, pues lo vieron con sus propios ojos: Él nunca nos desampará. Él vino a nosotros y nos consuela, como alguien es consolado por su madre (comp. Dt. 33:26.27).

Hoy quiero reflexionar: ¿Qué personas me han consolado según la encomendación de Dios? ¿A quién, Él ya me ha enviado? ¿A quién, Dios me manda ir hoy? (Comp. 1.Ts. 3:6-8.)

Día 6

Sal. 91:3.4; 124:7; 1.R. 19:1-8

“Él te librerá del lazo del cazador, de la peste destructora”. ¿Qué habrá tenido el autor del salmo delante de sus ojos, cuando pensaba en el lazo del cazador? ¿Se habrá sentido como Elías, a quien perseguían los siervos de la reina Jezabel?

Él caminó para salvar su vida, hasta que no pudo más. En el desierto se echó debajo de un enebro y solo quería morir. En su agotamiento, no lo encontraron ni los soldados, ni los chacales; sino el amparo del Dios Altísimo estuvo sobre él, y le escondió de sus enemigos. Elías estaba a salvo, pero ya no daba más. ¿De qué manera podría seguir su vida?

Probablemente le parecía un sueño encontrarse con “la mesa servida” al próximo día, cuando el aroma del pan fresco llegó a su nariz. Dios mismo, “el ángel del Señor”, le servía: “¡Levántate y come!” (Comp. Sal. 23:5.) Aquel que, en su huida caminó mucho y sufrió hambre, no debería comer demasiado a la vez. Dios sabía esto. Por eso lo dejó dormir una vez más y después, le dio nuevamente pan y agua. Esta vez Elías podía escuchar, y junto con la comida aceptar lo que Dios quería que él hiciera: “Levántate y come, porque largo camino te resta”.

Ni la peste destructora, ni la muerte repentina le esperaban, sino nuevas tareas en el nombre del Señor, quien era su Dios y su fortaleza: ¡Yahveh! (Comp. 1.R. 19:15-19.)

¿Conocemos nosotros la experiencia de huída y temor, hambre y angustia de muerte? Como Elías, deberíamos escuchar lo que Dios dice: “No temas; ... no se debiliten tus manos. Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos” (Sof. 3:16.17).

## Día 7

1.R. 17:1-14; Lm. 3:21-26

“Escudo y adarga es su verdad. No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuele de día, ni pestilencia que ande en oscuridad, ni mortandad que en medio del día destruya. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará” (Sal. 91:4-7).

¿Qué habrá soñado Elías debajo del enebro?; ¿habrá sentido en el sueño, cómo la policía secreta de Jezabel, espiaba día y noche para arrestar a los profetas del Señor y matarlos? Muchos murieron, pero a él no le tocó (comp. 1.R. 19:10ss). Él se podía esconder junto a un arroyo en el desierto. ¿Acaso aún le asustaba en su sueño, el aullar de los lobos que escuchaba allí, cuando pasó tres años y medio en la soledad. En aquel tiempo presencié, cómo la tierra se secó, por el juicio de Dios a causa de la apostasía del pueblo de Israel. Sus ojos percibieron cómo el agua del arroyo se iba secando.

Día a día se llevaba la mano a la boca, y solamente podía confiar que Dios, interviniera a tiempo.

Justamente los cuervos eran “los mozos” que servían a Elías. De manera maravillosa, Dios cuidó de su siervo agotado.

Pero también junto a la viuda de Sarepta -por la cual Dios le mantuvo con vida- la pobreza y necesidad eran sus acompañantes continuos. Sin embargo él experimentó, en medio de los desastres del régimen impío y malo, la fidelidad de su Dios.

Como testigo de las múltiples ayudas y la salvación de Dios en tiempos muy difíciles, Elías podría decirnos a nosotros: ¡Aprende a confiar bajo sus alas! En Él puedes confiar.

Esta es la verdad que te salva, también hoy. (Comp. Jn. 8:32; He. 4:16.)

Día 8

Sal. 91:2; Gn. 12:1-3; 15:1-6

Nunca es demasiado tarde, para refugiarse bajo las alas de Dios. Así puede testificar el orador y poeta: “En tantísimas necesidades, el bondadoso Dios *me* ha amparado bajo sus alas”.

Sin embargo, es posible mantener cerrada alguna angustia, muy profundamente en el corazón. Puede haber muchas razones por las cuales uno, no quiere hablar. Una causa puede ser la educación, que nunca permitió dar lugar al dolor, o por sentir culpa o vergüenza, no pudo hablar y cerró su boca. Pero cuando Dios toca en el lugar del dolor, entonces puede salir afuera toda la angustia.

Él sabe como estimularnos para hablar, de aquello que nos pasa. En medio de la preocupación de Abraham por falta de un hijo, Dios se dirigió a él con la *promesa*: “No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande”. Entonces toda la amargura y desilusión salieron de él: Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo...?”

¿Acaso no se lo había prometido Dios mismo; no había dejado- por Su Palabra- su propia patria?

Dos veces, Abraham le dice claramente su pena. En la presencia de Dios, él pudo decir todo abiertamente. Recién así, se abrió un lugar para la fe, en la gran fidelidad de Dios, que es mucho mayor que el cielo estrellado.

Al fugitivo Elías, Dios le alcanzó con una *pregunta*: “¿Qué haces aquí, Elías?” También él encontró posibilidad ante el oído de Dios, para expresar el dolor que por mucho tiempo, se encontraba encerrado en él: “He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado...” (Comp. 1.R. 19:10-14.)

Recién después, él pudo escuchar y creer: tú no estás sólo... siete mil fieles están aún ahí (comp. 1.R. 19:18).

¿Cuál es *mi* profundo dolor? Dios quiere encontrarlo y sanarme. (Comp. Sal. 62:1-8; 25:1-3; 147:3.)

Día 9

Sal. 91:8; 36:1-12

No sólo en la guerra, la gente sufre por la injusticia, y siempre, aquel que la sufre, es víctima de culpa ajena. Ésto puede tener efecto para el presente y también para el futuro de la persona. Entonces su vida tiene un antes y un después.

La ira, que encierra el dolor dentro de sí y, la tristeza, pueden moldear e desde ese momento toda la vida, y oscurecer la visión a la bondad de Dios. Porque la persona ha sufrido una pérdida: la pérdida de la integridad o de la libertad, de la paz interior o de la tranquilidad. Quizás la persona está intentando el desquite, la restitución de lo perdido, el restablecimiento del derecho.

¿Qué visión tiene el salmista, al poder declarar a los demás: “Ciertamente con tus ojos mirarás y verás la recompensa de los impíos”?; ¿habrá sentido lo mismo como la niña del circo, llamada Roby, que leyó con mucha satisfacción este versículo?

Su tío la había obligado a ensayar junto con él, un número difícil y peligroso en el trapecio, mientras su papá estaba internado en un hospital. Él nunca se lo hubiera permitido a su cuñado. En lugar de contárselo a su padre, Roby sólo escribió: “Yo no amo a Nico. Él es un impío”. La respuesta del padre la hizo reflexionar: “Si Nico es un impío, yo no lo sé. Pero sé que es un hombre infeliz. Para tales personas, Dios envió a Jesucristo... Si quieres saber cómo Dios recompensa a los impíos, debes mirar a Jesús. Él siempre hizo y hace lo que Su Padre quiere”.

La niña leyó con mucha atención la historia bíblica, hasta llegar al arresto de Jesús y su muerte en la cruz, en donde Él oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34). Entonces Roby entendió y escribió a su papá: “Ahora sé cómo Dios recompensa a los impíos. Jesús no se desquitó por lo que le hicieron, sino que perdonó”.

Aquí se percibe, lo enorme del refugio: el abrigo del Altísimo. (Lea Mt. 6:12.14; Hch. 7:59.60.)

Día 10

Sal. 91:8; Is. 53:4-7; 12:2

Aquel que busca la venganza, ha experimentado en su propio cuerpo que, la culpa no es algo anónimo. A ella se unen nombres; direcciones; sentimientos y, una historia. La culpa lastima, atemoriza, inquieta. ¿Adónde uno podría ir?

¿Habrá pensado el salmista en el siervo de Dios, del que se dice: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores...”?; ¿habrá expresado a Él una y otra vez, lo espantoso de su vida, hasta encontrar alivio y consuelo? Porque “Dios quiere consolarnos. El mundo así como es, siempre nos atemoriza. Pero aquel que es consolado, mira y tiene más que el mundo, tiene la vida con Dios” (D. Bonhoeffer).

Aquel que mira a Él, ha encontrado al que todo lo entiende. Sea lo que fuere que expresa el orador, Dios lo conoce; Él lo siente y lo carga. Esta es la verdad que tranquiliza al orador: “Por su llaga fuimos nosotros curados”; junto con Él será posible (comp. Sal. 68:19; He. 2:17.18). Pues allí en la cruz del Gólgota, está el abrigo del Altísimo, el refugio para toda alma doliente. Allí es el lugar, desde donde emana la fuente de salvación a nuestra vida, para limpiarnos de la suciedad del pecado y curar las heridas (comp. Jn. 4:14; 1.Jn. 1:7b).

Sí, éste es el lugar en donde se escribe la historia de la salvación, el lugar en donde todo lo malo e injusto es quitado y borrado. El que acude a ese lugar, aprenderá la confianza paso a paso y experimentará: “Nada es destruído, perdido; sin sentido, cuando Dios consuela” (D. Bonhoeffer).

Cada cual puede escuchar y aceptar la invitación de Dios, que proclama también Johann Sebastian Bach en su obra musical “la pasión de Juan”: “Apuraós vosotros, los que estáis atribulados en sus almas, salid de sus cuevas del martirio, apuraós, ¿a dónde?, al Gólgota. Recibiréis las alas de la fe, huid, ¿a dónde?, al monte de la cruz, vuestro bienestar florece allí”. (Comp. Ap. 22:1-5.)

Día 11

Is. 53:4-7; Ro. 4:25; 2.Co. 5:19.20

¿Cómo recompensa Dios a los impíos?, eso nos hemos preguntado. En Is. 53 encontramos en el siervo de Dios, no sólo una identificación con los sacrificios. Aquí miramos también, dentro del gran misterio de la sustitución para los autores, que aclara el servicio de los sacrificios del antiguo pacto y, el misterioso anuncio de Juan el Bautista: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29).

El que se refugia bajo las alas de Dios, con todos sus pecados y transgresiones contra la voluntad de Dios y, las injusticias practicadas, puede apropiarse de la verdad: “El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”. Sí, cada persona puede venir y encontrar la paz, no importa si sus hechos pecaminosos tienen consecuencias judiciales, o si le acusa sólo su propia conciencia y lo inquieta, como le pasó a Caín, después de asesinar a su hermano (Gn. 4:10-16).

El que encontró su refugio en el Altísimo, ya no tiene que temerlo como su juez. Pues sólo allí, bajo el amparo de “Jesucristo”, las culpas están saldadas y el perdón y la reconciliación es posible, incluso entre víctimas y culpables (comp. Lc. 23:39-43; Col. 2:13.14).

Una mujer que había sufrido mucho en cuerpo y alma por parte de su propio padre, dijo que ya no podía orar el “Padre nuestro”, especialmente por el pedido: “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”; por lo menos hasta que el autor confesara abiertamente su culpa y, le pidiera perdón. Ella contó que cierto día se le apareció Jesús en un sueño y le dijo: “Yo te pido perdón en lugar del autor, pues Yo he llevado como sustituto su castigo a la cruz y morí por él”. Desde ese momento ella pudo orar nuevamente el “Padre nuestro”.

Así cura Dios, pues “todas las cosas son posibles para Dios” (Mr. 10:27b).

Día 12

Sal. 91:11-13; 103:21.22; Lc. 22:39-43; He. 1:14

Un misionero que por muchos años trabajó en Indonesia, liderando una escuela bíblica, experimentó lo siguiente: unos ladrones entraron en su casa, lo atacaron y lo hirieron tanto que su vida, corrió peligro. Lo llevaron a un hospital, pues necesitaba una transfusión de sangre, pero su grupo sanguíneo no estaba disponible.

Entonces se acercó un hombre y se ofreció como dador de sangre. Se hizo una prueba previa, y el grupo era el correspondiente, así que el misionero sobrevivió.

Más tarde él quiso agradecerse al dador, pero no lo pudo encontrar. No había dejado sus datos personales, nadie lo conocía y había desaparecido, de la misma manera como había llegado. ¿Un ángel? Para el misionero no cabía duda alguna. “Era evidente, Dios quería que yo sobreviviera, y Dios puede ayudar, aunque las posibilidades humanas hayan llegado a su fin”.

Esto no es una aprobación, además nos preguntamos: “¿por qué solamente los otros experimentan cosas así?; ¿por qué yo no?” Además queda un sufrimiento incomprensible; angustia y aflicción en donde nadie interviene ni ayuda. ¿Ya no existe el servicio de los ángeles?

Nos conviene aprender de Jesús: no tenemos ningún derecho a los servicios de los ángeles. Cuando el Señor se preparaba para su ministerio público, había ayunado por mucho tiempo en el desierto, había orado y meditado en la Palabra de Dios. Entonces llegó la prueba: Satanás, el malvado, le hizo una oferta muy llamativa, sin embargo era satánica: “Muéstrame a mí y a todo el mundo que Dios te protege. Arrójate de la cumbre del templo. Pues Dios ha prometido cuidar de ti”.

Pero Jesús se escondió bajo “el abrigo del Altísimo” (Sal. 91:1 dice textualmente: “el escondite del Altísimo”) y reprendió con Su autoridad divina a Satanás (comp. Mt. 4:1-11).

Nosotros tenemos una protección potente, una armadura disponible en cualquier momento: Ef. 6:10-17. ¿Cómo concuerda este texto con lo que dice Pablo en 2.Co. 12:7-10?

Día 13

Sal. 91:9b.10.14.15; Jn. 16:20-22; 1. Jn. 4:4; 5:4

“Porque has puesto... al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada”.

¿Qué es la suerte? ¿Qué es la mala suerte? ¿Qué diría el salmista hoy, por ejemplo en un programa cristiano de entrevistas?

Él también había pasado por mucho sufrimiento. Sin embargo en su corazón no vivió solamente el susto de los días pasados, sino también el Señor, que le dijo: “Yo estaré con él en la angustia; lo libraré y le glorificaré... le mostraré mi salvación”.

Esa voz soltó dentro de él, toda dureza y le dio aliento. Por eso él pudo decir: “Aunque pasé por aflicciones y experimenté situaciones difíciles, sé que el Altísimo siempre estará presente, y Él es mayor y estará más cerca que todo lo pasado”.

Por la pregunta del presentador: “¿entonces, todo lo malo se vuelve en bien?; ¿acaso todo lo pasado no era tan terrible?”.

Él diría decididamente: “¡No!, de ninguna manera lo malo se vuelve bueno. Pero yo conozco al más poderoso, al buen pastor, quien ha vencido al malo. Con Él, el único bueno, llega el bien a mi vida, y por eso lo malo pierde su poder. ¿La mala suerte?: esa me ha llevado a Él. Y esto es mi suerte” (Comp. Ro. 8:28).

Él podría expresar con toda certeza, lo que dice Paul Gerhardt en una de sus canciones: “¿Por qué afligirse? Si tengo a Cristo, ¿quién me lo podrá robar?; ¿quién me podrá robar el cielo, que el Hijo de Dios ya consiguió para mí?”

El que está unido a este Señor, experimentará que Él lo lleva con toda seguridad a la patria celestial: “En la casa de Jehová moraré por largos días” (Sal. 23:6). ¿Quiere usted también llegar allí? (Comp. Sal. 73:23-28.)

Día 14

Sal. 91:14-16; Ef. 1:3-7.18-20; 3:14-21; Ap. 22:3.4

Cuando el “maestro de gozo” entra en una vida, entonces nacen nuevas canciones. Son canciones de personas que se han refugiado bajo sus alas, que han sido consoladas de mucho sufrimiento y culpas en sus vidas, en el vaivén de este mundo. Jesús obra algo completamente nuevo (comp. 2.Co. 5:17).

Ahora ya no valen los dichos antiguos como: “¡hay que ponerse duro!” o “¡no dejes que ésto te toque muy adentro!”. ¡No!, ahora vale: “¡abre tu corazón para el Altísimo!” Con los ojos interiores abiertos, puede acontecer el milagro: los recuerdos de lo espantoso se desvanecerán y el consuelo llegará al corazón doliente; porque en esa consolación se revela la realidad, que es mayor que toda pena y tristeza.

Es el amor eterno, que encierra nuestra vida y nos introduce a una nueva comunión. Es la comunión con los hijos de Dios, que no puede ser destruida por el diablo y el infierno; sus integrantes cantarán las nuevas canciones para la alabanza de Dios por toda la eternidad. Ellos han vivido y experimentado: “Bajo sus alas vivimos y encontramos seguridad. Estamos en la presencia del Padre y alabamos y exaltamos a Dios, el Señor. Hemos sido renovados por Su muerte en la cruz. Nuestros corazones y nuestras vidas están unidas por el amor de Dios, que prevalece. Estamos asombrados y sólo nos queda a decir: Santo, santo, santo es el Señor”\* (Comp. Mt. 16:18.)

A pesar de mucho dolor y sufrimiento, intentemos de recordar los milagros que Dios obró en nuestra vida. Esto puede encender una luz que traerá consuelo y, ahuyentará la oscuridad (comp. Sal. 111:4).

Con toda confianza podemos cantar como el poeta Paul Gerhardt cada noche, incluyendo a todos aquellos que amamos: “Extiende tus alas, oh Jesús mi gozo y consuelo, y protege tu polluelo. Si Satanás me quiere devorar, haz que los ángeles canten y digan: a este niño no se lo puede tocar ni lastimar”.

Dios dirá: “Le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre”. En este nombre podemos confiar, siempre. (Comp. Job 19:25; Mt. 1:21; Hch. 4:12.)

\*Autor desconocido